

EL CUERPO HUYÓ, PERO SIGUE EN EL MISMO LUGAR¹

Abilio Estévez²

*Vino a verme un amigo, y a mí mismo
Me preguntó por mí*

José Martí, *Flores del destierro*

1

Mi primera casa en Barcelona después de abandonar La Habana para siempre fue un piso compartido junto a una plaza de toros. En temporada de corridas, se sentía fuerte el olor de los chiqueros. Piso compartido al fin, tenía un aire desangelado. Las paredes pintadas (o despintadas) de un amarillo sucio, se veían desprovistas hasta un pequeño cuadro que celebrara la vida de alguno de nosotros –la nostalgia o la alegría de alguno de nosotros. Los muebles tenían el aspecto de los trastos que no son de nadie, un poco empolvados, con el viso oscuro de sabe Dios cuántas cabezas y la evidente premonición de la ruina en que pronto se convertirían. Mi cuarto, que daba a la calle, estaba favorecido por un balcón sin tiestos que se debía mantener cerrado para que no entrara la polvareda, mezclada con cierto bullicio y aquel olor persistente de los chiqueros. Trabajaba sobre una mesa pequeña, de esas que en las cocinas se usan para el desayuno. Sobre ella había siete libros, los siete libros que salvé del naufragio de aquel viaje definitivo, los que sentía que debían estar conmigo aun cuando ya yo me sintiera tan desprovisto como las paredes del piso compartido. Allí estaba la edición cubana de *Paradiso*, de José Lezama Lima; los poemas, el teatro y los cuentos de Virgilio Piñera; mi ejemplar de la colección

¹ Abilio Estévez es un escritor cubano que vive desde hace más de veinte años exiliado en España. Entre sus obras publicadas destacan las novelas *Tuyo es el reino* (1997), *Los palacios distantes* (2002), *Inventario secreto de La Habana* (2004), *El navegante dormido* (2008), *El bailarín ruso de Montecarlo* (2010), *El año del calipso* (2012) y *Archipiélagos* (2015), así como su poemario *Manual de las tentaciones* (1989). Es autor, además, de varias obras teatrales, ensayos y libros de relatos. Entre los numerosos reconocimientos que le han sido concedidos destacamos el Premio «Lire en Sorbonne» por *El bailarín ruso de Montecarlo* (2017), el Premio al Mejor Libro Extranjero en Francia por la novela *Tuyo es el reino* (2000) o el Premio de la Crítica Cubana por esta misma novela (1999).

² Conferencia magistral del IX *Coloquio Internacional de Estudios Latinoamericanos de Olomouc (CIELO)* leída el 22 de abril de 2022 en la Universidad Palacký de Olomouc.

Austral de *Pedro Blanco, el negrero*, de Lino Novás Calvo; y una vieja edición de *El Monte*, de Lydia Cabrera, que más parecía un incunable. En La Habana yo había logrado una excelente biblioteca (excelente, al menos, para mí). Libros que había acumulado desde que a los trece años descubrí, gracias a la lectura de *Papá Goriot*, que una biblioteca era como una casa, y que una casa era, según Gastón Bachelard en *La poética del espacio*, «uno de los mayores poderes de integración para los pensamientos, los recuerdos y los sueños del ser humano». Por supuesto, en aquellos años en que comencé a almacenar libros, hacia 1967, no me lo planteaba así. De alguna forma, sin embargo, podía intuir la protección que hacían sentir los libros desordenadamente ordenados en sus repisas. Walter Benjamin dejó escrito en su libro *Desembalo mi biblioteca* que «toda pasión confina con el caos, y la pasión del coleccionista confina con el caos de los recuerdos». En La Habana, digo, yo tenía una excelente biblioteca –acopiada a lo largo de los años y de interminables paseos por las librerías de viejos de la ciudad. Y gracias a ella, tenía un estilo (al menos un cierto estilo) para combatir al tiempo. Gracias a ella, me sentía a salvo de numerosas agresiones de la realidad. En Barcelona, sin embargo, en la casa compartida, de paredes desnudas, solo tenía siete libros. Yo me sentaba a escribir un libro sobre mi ciudad que los editores me habían encargado porque en algún momento pensaron que ya no escribiría más, y en ocasiones, en muchas ocasiones, necesitaba encontrar una referencia, corroborar la exactitud de una cita. Y me levantaba, caminaba por la habitación. Sabía qué libro necesitaba, en qué anaquel lo había puesto; sabía en qué página exacta encontrar la cita; podía haberme dirigido con absoluta seguridad a la estantería justa. Solo que existía un pormenor de más de siete mil kilómetros entre mi actual pretensión y mi recuerdo. O como diría el primer poeta romántico de América:

No en balde entre Cuba y España,
Tiende inmenso sus olas el mar...

Durante mucho tiempo creí entender que aquella sensación de estar en un lugar que no coincidía con el lugar en el que verdaderamente estaba (bilocación que nada tenía de mística), podría acaso ser una de las mejores definiciones del desterrado. Había madrugadas en las que me despertaba un aguacero torrencial que solo estaba cayendo en la segunda vida de mi sueño. Quizá por el calor, por el bochorno inmóvil como en una novela de Joseph Conrad, los aguaceros para nosotros siempre tuvieron algo liberador. Aguaceros del trópico, como si se rompiera el cielo: relámpagos, truenos, lluvia con furia salvadora. Despertaba en la alta noche con la certeza de que estaba en mi cuarto habanero. Necesitaba algunos minutos para reconocer el error. Sobre todo, prender la luz, porque solo la comprobación visual permitía reconocer la verdadera realidad. Había noches, sin embargo, en que la confusión se agrandaba hasta límites insospechados, porque entonces ya no estaba en mi último cuarto habanero, sino en el primero, en el que pasé la infancia. Y eran momentos tan nítidos que reconstruía cada detalle de aquel cuarto con una precisión que en otro estado habría resultado imposible.

2

Por supuesto, existía (existe) otra obsesión, tanto más grave que, a día de hoy, no ha logrado desaparecer del todo. Y tiene que ver con el miedo. Miedo a los timbres –de puerta, de teléfono. Miedo a las noticias. Miedo a que alguien necesite decirme algo importante –no ahora, no en este instante, sino más tarde cuando nadie nos moleste, algo de sumo interés. Miedo a que un policía se acerque o me mire de algún modo que, intuyo, me hace sospechoso de algo. Se llama, creo, paranoia. ¿Qué más da, sin embargo, cómo se llama? ¿Qué más da cómo esté registrado en los anales de la psiquiatría? ¿Cómo se cataloga la necesidad de ponerse a salvo? ¿Cómo nombrar la idea alucinada de que vamos a estar mejor en un lugar desconocido?

3

Si eso me sucedía a mí, cómo sería con mi madre que salió por primera vez de Cuba con setenta años. Ella vivía entonces en Sant Jordi, un barrio marginal de Palma, uno de los pocos lugares verdaderamente feos de Mallorca. Con una población de algo más de dos mil almas (bueno, como en cualquier otro lugar también había personas sin alma), allí había poco que hacer. Una iglesia, el parque de una iglesia, un pub y algún mercado. Por supuesto, si bajabas la colina y seguías por un camino asfaltado que no parecía asfaltado, entre hileras de cipreses, te encontrabas con un pequeño cementerio, sin excesivo pasado, tan feo como el pueblo, con la única virtud de que en su entrada crecía un manzano. Mi madre, que viene de familia muy española, con ese arraigado sentimiento trágico de la vida (entre todas las peculiaridades posibles de los seres humanos, Miguel de Unamuno nos distinguía por ser los únicos seres vivos que almacenaban a sus muertos; antes, Schopenhauer nos definió como los únicos que llorábamos a nuestros muertos; si se piensa bien, las dos frases se parecen bastante), mi madre, digo, siempre tuvo la responsabilidad del cuidado de sus muertos. Mi familia tenía (tiene) una gran tumba en el cementerio de Bauta, el pueblo donde vivieron mis padres. La tumba se hizo grande, techada, con cantero y banco cómodo de granito. Se hizo así, bastante grande y cómoda, no por ostentación, sino porque cupiéramos todos –entonces éramos muchos. Desde que tengo uso de razón (o de sinrazón) íbamos domingo por domingo a aquel cementerio, a aquella tumba para limpiarla, ponerle flores frescas y sentarnos un rato a hacer compañía a nuestros muertos. Años después, cuando desarraigamos a mi madre a la fuerza de su casa, de sus hábitos, de sus recuerdos, descubrimos que por las tardes, en verano, bajaba ella la cuesta hasta el cementerio de Sant Jordi, donde los muertos almacenados nos eran desconocidos, y se sentaba en los bancos de la entrada. El día que le pregunté por qué lo hacía, me respondió: «Es que me siento como allá».

Esto que narro sucedió hace años, antes de que mi madre perdiera por completo la razón. Hoy, con noventa y cuatro años y la cabeza perdida, aun cuando sigue viviendo con nosotros, ya no vive con nosotros. Su cuerpo está ahí, continúa ahí, pero sus circunstancias parecen otras. Habla de la Paulina, la hacienda donde nació y pasó su infancia, un extenso sembrado de piña que se elaboraba y exportaba a New Orleans. Habla de la Paulina no en el pasado de los recuerdos, sino en el presente de los delirios.

A veces incluso nos alerta sobre lo peligrosas que pueden ser las hojas rígidas de la piña. No le gusta que trajinemos solos por el campo... La verdad es que ella no quiso abandonar nunca la Isla. ¿Por qué tenía que abandonar el lugar de su vida si, como dijo Dulce María Loynaz, ella llegó primero? Fuimos nosotros, sus hijos, quienes la obligamos a abandonar la casa, las fotografías, los objetos, las pequeñas cosas que conformaban su pequeño gran mundo. Desde muy niño la recuerdo bien temprano en la mañana abriendo las ventanas para que entrara, como solía decir, la gracia de Dios. Sesenta años después, en España, hacía lo mismo, incluso en pleno invierno. Para ella el invierno, como en La Habana, continuaba siendo «un modo de esconderse el verano». Al menos hasta que el frío la obligaba a volver a cerrarlo todo y nos decía que encendiéramos el fuego del hogar, aunque no empleaba esas palabras, «fuego», «hogar», sino un simple gesto. Mi madre no soportaba el frío porque nunca supo qué significaba el invierno.

4

La noche del catorce de noviembre de 1823, el joven poeta José María Heredia, con apenas veinte años, huye clandestinamente de Cuba. Ha participado en la conspiración Rayos y Soles de Bolívar, que intenta extender a las islas la independencia continental. En cuanto llega la noticia –las noticias viajaban entonces con mayor rapidez que los movimientos policiales–, de que el capitán general Francisco Dionisio Vives ha ordenado su detención, Heredia se esconde en el ingenio Los Molinos, propiedad de la marquesa de Prado Ameno, a orillas del río San Juan. Días más tarde, en medio del sigilo y de la oscuridad, zarpa en el bergantín *Galaxy*, que pone rumbo norte hacia los caminos y los fríos de Boston. Desde el faro de Tarpaulin-Cove, en la isla de Naushon, Massachussets, escribe a Emilia (así llama a su gran amiga Pepilla Arango) «sobre el suelo de su destierro», y se queja del cielo nublado, y comprueba con horror lo que es el invierno verdadero y lo espanta encontrar un río helado y, sobre todo, el hallarse cercado de seres extraños, «de quienes, dice, sólo oigo voces bárbaras e incomprensibles». (No tengo que explicar que ese idioma bárbaro es simplemente el inglés, que Heredia siempre detestó). En su silva «A Emilia», describe el nuevo paisaje en el que vive:

Heme libre por fin: heme distante
de tiranos y siervos. Mas, Emilia,
¡Qué mudanza cruel! Enfurecido
brama el viento invernal: sobre sus alas
vuela y devora el suelo desecado
el yelo punzador. Espesa niebla
vela el brillo del sol, y cierra el cielo,
que en dudoso horizonte se confunde
con el oscuro mar. Desnudos gimen
por doquiera los árboles la saña
del viento azotador. Ningún ser vivo
se ve en los campos. Soledad inmensa
reina, y desolación, y el mundo yerto
sufre el invierno cruel la tiranía.

Con el paisaje que ha dejado atrás.

Mis ojos doloridos
no verán ya mecerse de la palma
la copa gallardísima, dorada
por los rayos del sol en occidente;
ni a la sombra de plátano sonante
el ardor burlaré de mediodía,
inundando mi faz en la frescura
que espira el blando céfiro. Mi oído,
en lugar de tu acento regalado,
o del eco apacible y cariñoso
de mi madre, mi hermana y mis amigas,
tan sólo escucha de extranjero idioma
los bárbaros sonidos...

Ha comenzado, pues, el poeta, nuestro primer poeta, por establecer las diferencias entre el mundo invernal (¿infernol?) en que se encuentra y aquel otro paradisíaco, supuestamente paradisíaco, que ha dejado atrás. Y comienza a establecer un símbolo, que acaso dura hasta hoy, el de la palma real, de copa gallardísima. Un símbolo que adquiere su verdadera dimensión poco después, en la célebre visita del poeta a las cataratas del Niágara, donde, como buen romántico, se enfrenta de igual a igual con la «faz sublime», el «torrente prodigioso», el espectáculo soberbio del «Niágara undoso». Y allí, entre Canadá y Estados Unidos, a doscientos treinta y seis metros sobre el nivel del mar, el recuerdo juega a Heredia una mala pasada, siente el poeta una punzada de nostalgia y exclama:

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
con inútil afán? ¿Por qué no miro
alrededor de tu caverna inmensa
las palmas, ¡ay!, las palmas deliciosas,
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa, crecen,
y al soplo de la brisa del océano
bajo un cielo purísimo se mecen?
Este recuerdo a mi pesar me viene...

5

El último domicilio conocido de José Martí en Nueva York fue el 349 West de la calle 46, próximo a lo que años después sería Time Square. Una de esas noches del interminable destierro, allá, en Manhattan, en un edificio feo, de piedras oscuras y tan frío que solo se podía soportar con mantas y tragos de ginebra, Martí escribió en su *Cuaderno de Apuntes*: «Huele ahora de súbito a jazmines, y no hay jazmines». ¿Serían aquellos de Manhattan los jazmines de la casa de Trinidad Valdés y José María Sardá, la casa llamada El Abra, en Isla de Pinos, donde el joven Martí, con apenas dieciséis años, sufrió el primer destierro?

¿Y las palmas? También en esas horas de soledad, aparece la imagen esbelta de la palma real, como en el homenaje que se dio a José María Heredia en el Hardman Hall de la Quinta Avenida de Nueva York, donde Martí dijo: «Donde son más altas las palmas en Cuba nació Heredia, en la infatigable Santiago». E hizo lo que Heredia no pudo: articuló gran parte de su discurso independentista a partir del simbolismo de las palmas reales. Por solo citar un ejemplo: el 26 de noviembre de 1891, en Yvor City, Tampa, donde tenían su refugio los tabaqueros cubanos exiliados, exclamó en un discurso: «Las palmas son novias que esperan, y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas». Frase exaltada, cursi quizá, que da fe de su trabajo de reconstrucción del páramo en el que vive.

De los veinticinco años de destierro que sufrió el poeta, quince los pasó en Manhattan. De los veinticinco años de destierro que sufrió el poeta, solo un poco más dieciséis los vivió en Cuba. Apenas adolescente, conoció el primer exilio. Cierto que, como escribió Rainer María Rilke, «la patria de un hombre está en su infancia». Consideración que de algún modo, y desde otro punto de vista, retoma Flannery O'Connor cuando explica que todo aquel que haya sobrevivido a su infancia y adolescencia tiene materia para escribir toda la vida. Su batalla política fue, como su empeño poético, la gestión de un recuerdo. O tal vez sea mejor hablar del lado fantasmagórico de un recuerdo. El recuerdo que de Cuba tenía Martí se aproximaba a una alucinación. En algún momento de su libro *Flores del destierro* exclama:

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche
¿O son una las dos?

Es una imagen poética que se acerca sospechosamente a la imagen real. ¿Cuál era la patria para un hombre que nunca la tuvo? Él mismo lo reconoció: «Yo quiero cuando me muera, /sin patria pero sin amo/ tener en mi losa un ramo/ de flores y una bandera». Sus dos patrias, impalpables como la noche, se unen en imagen única, una sombra, una oscuridad, una hora específica, un instante oportuno para decir adiós:

Ya es hora
de empezar a morir. La noche es buena
para decir adiós.

No hay nada que hacer salvo decir adiós. Y elige un modo de suicidio por mano ajena.

6

Me parece justo recordar aquí un suceso histórico que sin duda alguna explicó, explica, culturalmente a Cuba, y a todo el Caribe. El primero de mayo de 1595, un comerciante portugués llamado Pedro Gómez Reynel fue autorizado por la corona española para navegar y llevar esclavos negros a las Indias Occidentales. A partir de ese instante, comenzaron a llegar a América negros esclavizados procedentes del Golfo de Guinea. Según el historiador Juan Pérez de la Riva, hacia 1861, en una población total de un millón cuatrocientos mil habitantes, existe un total de cuatrocientos mil negros esclavos. Esos negros vivían alejados del batey del ingenio

de azúcar, hacinados, en barracones construidos especialmente para ellos. No es necesario explicar aquí en qué condiciones precarias vivían estos negros esclavos, que trabajaban de sol a sol y que aportaron, sin quererlo, una frase para cierta fatiga: el cansancio residual. Me interesa destacar la estrategia que emplearon para la supervivencia, la supervivencia espiritual — si es posible utilizar esta expresión un poco difusa. Venían de diversas regiones de África, de distintas tribus, con mitos, costumbres, bailes, rituales, concepciones del mundo. Fueron secuestrados, llevados a América en barcos negreros, sin medios materiales ni tradición escrita, y fueron capaces de remedar y mantener, gracias a una prodigiosa memoria colectiva, sus culturas autóctonas. Sorprenden los bailes. En la actualidad, existen academias, registros danzarios y coreógrafos. Durante la primera mitad del siglo XX, no. Mucho menos a lo largo del siglo XIX. Y si leemos la crónica de un baile de 1840, escrita por Anselmo Suárez y Romero, nos dejará perplejos cómo la imagen del cuerpo, el modo en que el cuerpo se apropia sensualmente del espacio, la imagen pasada, presente y futura es sustancialmente la misma.

Dice Suárez y Romero en su libro *Colección de artículos*:

Al toque, todos se reunieron en el limpio. Entonces fue menester calentar los tambores. La negrada cercó a los tocadores, pero dos bailaban solamente en medio, un negro y una negra. Los otros acompañaban palmeando. ¿Y qué figura hacían los bailadores? Siempre ajustados los movimientos a los varios compases del tambor, ora trazaban círculos, la cabeza a un lado, meneando los brazos, el hombre tras la mujer, ora bailaba el uno enfrente del otro, ya acercándose, ya huyéndose, ora se ponían a dar vueltas sobre un pie y luego, al volverse a la cara, abrían los brazos y saltaban sacando el vientre. Los varones iban sacando a las hembras; un pañuelo echado al cuello hacía las veces de convite. Al rato, todos bailaban.

Si se nos dijera que es la crónica de un baile actual, de la Columbia o del guaguancó, bailado hace unos días (salvo por la retórica decimonónica) no lo pondrían en duda. Aquellos negros arrancados de su tierra no olvidaron su modo de vivir. Las adaptaron a las nuevas condiciones, pero continuaron con el animismo, con sus *orishas*, con sus bailes y sus liturgias, gracias a la transculturación que nos enseñó el sabio Fernando Ortiz, crearon un nuevo modo de entender la realidad. Por solo poner otro ejemplo, cito al historiador Manuel Moreno Fraginals sobre la sociedad secreta abakuá:

[...] un fenómeno de la complejidad del abakuá, dentro de la bestial represión contra toda expresión de identidad negra en el siglo XIX, sólo puede ser posible por la existencia previa de una honda tradición en la comunicación horizontal, subterránea, de informaciones secretas, y una moral de clandestinaje como recurso de sobrevida.

¿Qué sueño misterioso, qué recuerdo gestual, sensorial, hizo posible que estos negros mantuvieran su religión, sus hábitos, sus códigos de vida en las condiciones espantosas de un destierro aterrador? Carecían de elementos materiales que fijaran sus costumbres. A diferencia de los judíos o de los cristianos, carecían de libro. Sus símbolos, no se articulaban alrededor de biblia alguna. Y, sin embargo, se reconocían en una tradición corporal. Solo la memoria del cuerpo permitió que las particularidades de su sensualidad llegaran hasta nuestros días. Así fue al menos hasta 1954. En ese

año apareció en ediciones CR de La Habana uno de los libros más importantes de la cultura cubana. Uno de los pocos libros que, como ya dije, tenía en mi habitación despojada de Barcelona. Lo escribió una mujer educada en París y quien a partir de 1959 sería también desterrada. Se llamaba Lydia Cabrera; su libro, *El monte*. Ella había tenido un gran éxito anterior en 1927 cuando la editorial Gallimard publicó sus *Cuentos negros de Cuba*. De regreso a la isla, gracias a numerosos informantes, se dedicó a entrevistar, tomar notas, transcribir conversaciones y pudo poner por fin, en un libro, aquella información inefable. Lydia Cabrera relleno un espacio vacío.

7

Hace muchos años, llegué a la ciudad de Iowa. Nevaba como si la verdad última del mundo consistiera en nevar. No era la primera vez que yo veía nevar; sí, la primera en que lo veía todo tan blanco como en aquel capítulo en que Hans Castorp se pierde por los Alpes de *La montaña mágica*. El cubano que me dio cobijo era lector de la universidad y era mulato y de un reparto de La Habana llamado La víbora. Tenía uno de esos chalecitos de madera con porche y techo a dos aguas, como en los cuentos de John Cheever. Pero dentro aquella casita nada tenía que ver con Iowa ni con cualquier otra referencia cultural norteamericana. Estaba llena de *orishas* y de ofrendas. De la nieve del Midwest, se pasaba, sin transición, a un templo de Orula, Shangó, Yemaya, de Oshún. Había velas prendidas y aguardiente y prendas ocultas en soperas de porcelanas.

8

Me percaté de algo importante: aun antes de huir, estábamos huyendo. Para huir no es necesario huir. Tampoco ser un desterrado para perder la tierra. Basta con sentirse extraño y dejar que el cuerpo, cada sentido, recuerde por sí solo y rehaga casi sin darse cuenta del espacio en que está y no está, y el modo de olvidarlo y recordarlo y reconocerlo y de movernos en él cuando ya no existe más que en un lado de nuestra reminiscencia. La obstinación de no abandonar lo que creemos que nos pertenece. Por supuesto, Jorge Luis Borges: «Spinoza entendió que todas las cosas quieren perseverar en su ser; la piedra eternamente quiere ser piedra y el tigre un tigre». Cada cual encuentra, a su modo y de acuerdo a sus posibilidades, una taza de té y una magdalena. El fiat lux.

9

Pienso en tantos hombres dispersos. En tantos que huyeron, huyen y huirán. Leo en alguna parte que de aquí, de esta ciudad en la que tan reposados nos encontramos esta tarde, fueron conducidos en 1939 ochocientos judíos al campo de concentración de Dachau. Sé, sabemos, que en el siglo XX y estos veinte años que llevamos del XXI los desplazamientos humanos han estado quizá entre los más desgarradores que conoce la historia. Ahora mismo, en este mismo instante, miles de ucranianos escapan por las fronteras hacia destinos inciertos. El destino, signifique lo que signifique

esa palabra, siempre es incierto, la incertidumbre es su gozosa condición, solo que la incertidumbre parece agrandarse cuando descubres una imagen antigua que no parece corresponder con la imagen que se precisa, cuando el cuerpo recuerda algo que, por decirlo groseramente, no viene a cuento. Entonces se produce el desequilibrio. «Ser memoria es ser pasado —escribió María Zambrano en su *Carta sobre el exilio*—; mas de muy diferente manera que ser un pasado que se desvanezca sin más, condenado a desvanecerse simplemente. Mientras que, si somos pasado, en verdad es por ser memoria. Pienso que no se trata ahora de hablar del exilio, o mejor, no es importante ahora hablar del dolor del exilio. Ha sido un tema demasiado terrible y recurrente. Con un poco de inteligencia, de sensibilidad y de imaginación, cualquiera puede hacerse una idea sobre esa grieta imposible de cicatrizar, como lo definió Edward Said, impuesta entre un ser humano y el lugar de su nacimiento. El agobiante pesar del extrañamiento. Quizá con cierto esfuerzo de la fantasía pueda entenderse qué significa dejarlo todo y huir de un país sin posibilidad de regreso. No, no quiero referirme a esa herida, la que supone abandonar la casa, el jardín de la casa, ese lugar donde tener un estilo para enfrentar al tiempo. Me interesa aquí el modo en que algún lado secreto del exiliado gestiona su desgarramiento, se propone restablecer códigos no escritos, la búsqueda de un equilibrio que no se encontrará en ningún estudio, en ninguna biblioteca. Cómo no es él, sino algo escondido en su cuerpo, el que regresa al lugar del que nunca partió. Un camino que solo existe cuando no existe. Un camino que se retuerce siempre y vuelve al punto de partida, al lugar detenido desde donde salimos en busca de una nueva vida que no era más que la misma roca recogida y vuelta a alzar y vuelta a caer, así una y otra vez. Una y otra vez. Hasta que la memoria —sin cuerpo y sin imagen— se desvanezca en la oscuridad.

